

# El hombre Adán

*Por Robert L. Millet*

( Liahona febrero de 1998 )

---

*Los Santos de los Últimos Días conocen a nuestro noble patriarca mortal como el grandioso arcángel Miguel, que no sólo ayudó a crear la tierra sino que también guiará a los ejércitos del Señor para arrojar fuera a Satanás y a sus seguidores.*

Pocas personas han participado más directamente en el plan de salvación que el hombre Adán. Su ministerio entre los hijos e hijas de la tierra se extiende desde el pasado distante de la era preterrenal al lejano futuro de la resurrección, el juicio y aún más allá.

Como Miguel el arcángel, Adán guió las fuerzas de Dios contra los ejércitos de Lucifer en la batalla de los cielos. Bajo la dirección de Elohim y de Jehová, ayudó en la creación de la tierra. Al participar del fruto del árbol de la ciencia del bien y del mal, Adán y Eva introdujeron la mortalidad en la tierra. La caída de nuestros primeros padres trajo consigo la sangre y la posteridad, y la probación y la muerte, así como también la necesidad de la redención por medio de un Salvador, el “postrer Adán” (1 Corintios 15:45). Adán fue el primero a quien se le predicó el Evangelio y sobre él se concedió por primera vez el sacerdocio. Por intermedio de Adán y Eva, el mensaje del Evangelio de salvación se extendió a todo el mundo. Después de su muerte, que tuvo lugar casi un milenio después de convertirse en un ser mortal, Adán continúa cuidando de su posteridad. Bajo su dirección, se han recibido revelaciones y los ángeles han ministrado. A instancias suyas, el sacerdocio ha sido conferido y se han entregado llaves.

## ANTES DE QUE EL MUNDO FUESE

La función de Adán en el plan eterno de Dios comenzó durante nuestro primer estado preterrenal. Allí se le conocía como Miguel, que significa “quien es semejante a Dios”. En efecto, “por su diligencia y obediencia allí, como uno de los hijos espirituales de Dios, él obtuvo una eminencia y un poder inferior en categoría solamente al de Cristo, el Primogénito”. A Él se le llamó y se le preparó “desde la fundación del mundo de acuerdo con la presciencia de Dios” (Alma 13:3) para efectuar sus obras sobre la tierra. Miguel estuvo al lado de Jehová para defender el plan del Padre, el plan de salvación, cuando Lucifer, un “hijo de la mañana” (2 Nefi 24:12; D. y C. 76:25-27), se opuso a él [el plan] con su modificada oferta.

“La contienda en los cielos fue provocada”, explicó José Smith, “porque Jesús dijo que ciertas almas no podrían ser salvas; y el diablo dijo que salvaría a todos; y presentó sus planes ante el gran concilio, el cual votó a favor de Jesucristo. El diablo entonces se rebeló contra Dios, y fue expulsado con todos aquellos que lo apoyaron”<sup>2</sup>. Tal como el Revelador lo vio en una visión: “Después hubo una gran batalla en el cielo: Miguel y sus ángeles luchaban contra el dragón; y luchaban el dragón y sus ángeles; “pero no prevalecieron, ni se halló ya lugar para ellos en el cielo.

“Y fue lanzado fuera el gran dragón, la serpiente antigua, que se llama diablo y Satanás, el cual engaña al mundo entero; fue arrojado a la tierra, y sus ángeles fueron arrojados con él” (Apocalipsis 12:7-9).

Miguel participó activamente en la preparación de la tierra para nuestra probación mortal. El élder Bruce R. McConkie, del Quórum de los Doce, escribió: “Cristo y María, Adán y Eva, Abraham y Sara, y una hueste de hombres magníficos e igualmente de mujeres maravillosas comprendían ese grupo de los ‘nobles y grandes’, a quienes el Señor Jesucristo dijo: ‘*Descenderemos*, pues hay espacio allá, y tomaremos de estos materiales y haremos una tierra sobre la cual éstos puedan morar’ (Abraham 3:22-24; cursiva agregada). Eso es lo que sabemos: Cristo, bajo la dirección del Padre, es el Creador; Miguel, su compañero y colaborador, presidió sobre gran parte de la obra creativa; y con ellos, como Abraham lo vio, se encontraban muchos de los nobles y grandes”<sup>3</sup>. Por consiguiente, el profeta José Smith enseñó que “el sacerdocio fue dado primeramente a Adán; a él se dio la Primera Presidencia, y tuvo las llaves de generación en generación. *Lo recibió en la creación, antes de ser formado el mundo como se ve en Génesis 1:26-28*”<sup>4</sup>.

## EN EL EDÉN

Cuando llegó el momento de comenzar nuestro segundo estado, la vida terrenal, fue el momento apropiado para que Dios nuestro Padre llamara a Miguel para que recibiera un tabernáculo de carne y se convirtiera en el primer habitante de la tierra. La genealogía que Lucas da de Jesús termina con una magnífica descripción de Adán, el “hijo de Dios” (Lucas 3:38; véase Moisés 6:2 2). El nombre Adán significa “hombre” o “humanidad” y su posición como el “primer hombre de todos los hombres” (Moisés 1:34) indica la eminencia de su estado preterrenal.

En la mañana [al comienzo] de la creación, Adán, Eva y todas las formas de vida existían en una condición paradisíaca. Todas las cosas eran físicas, pero al mismo tiempo eran *espirituales* ya que no eran mortales, o sea, no estaban sujetas a la muerte (véase 1 Corintios 15:44; Alma 11:45; D. y C. 88:27)<sup>5</sup>. En el Jardín de Edén, Adán y Eva anduvieron con Dios. A Adán se le hizo “señor o gobernador de todas las cosas sobre la tierra y al mismo tiempo [disfrutó] de una comunión... con su Hacedor, sin un velo que los separara”<sup>6</sup>. Nuestros primeros padres hubieran permanecido en ese estado indefinidamente si no hubieran participado del fruto prohibido (véase 2 Nefi 2:22; Moisés 4:9).

El punto de vista que tienen los Santos de los Últimos Días acerca de los acontecimientos que sucedieron en el Edén es notablemente optimista. Nosotros creemos que Adán y Eva fueron al Jardín de Edén para caer, que la forma en que ellos actuaron ayudó a “iniciar el curso del mundo”<sup>7</sup>, y que la Caída fue parte del plan preordenado del Padre. “Adán hizo lo que tenía que hacer”, dijo el presidente Joseph Fielding Smith. “Él participó del fruto por una sola razón: para hacer posible que tanto ustedes como yo y todas las demás personas del mundo viniéramos a esta tierra, ya que Adán y Eva hubieran permanecido en el Jardín de Edén hasta ahora, si Eva no hubiera hecho algo al respecto”<sup>8</sup>.

Debido a que la Caída (al igual que la Creación y la Expiación) es uno de los tres pilares de la eternidad y, como la vida terrenal, la muerte, la experiencia humana, el pecado y por consiguiente la necesidad de la redención ocurrieron como resultado de la Caída, nosotros estimamos lo que Adán y Eva hicieron con un gran agradecimiento

en lugar de hacerlo con menosprecio. “La Caída tuvo un curso doble: Hacia abajo pero también hacia adelante. Trajo al hombre al mundo y lo encaminó hacia el progreso eterno”<sup>9</sup>. Como lo declaró Enoc: “Por motivo de que Adán cayó, nosotros existimos” (Moisés 6:48; véase 2 Nefi 2:25).

## FUERA DEL EDÉN

La Caída abrió también la puerta al pecado y a la muerte. Esta vida se convirtió en un estado de probación, un tiempo para que el hombre y la mujer se preparen para presentarse ante Dios (véase 2 Nefi 2:21; Alma 12:24; 34:32; 42:4). Con la Caída se *formó* un velo de separación entre Dios y la humanidad; los mortales “se encontraban excluidos de Su presencia” (Moisés 5:4). Después que fueron expulsados del Jardín de Edén, a Adán y a Eva se les enseñó el Evangelio mediante la ministración de ángeles, la voz de Dios y por medio del poder del Espíritu Santo (véase Moisés 5:1-12, 58).

Sin embargo, el velo que separaba a Adán de la presencia directa del Padre Eterno no quitó de su memoria la vida en el Edén. Como José Smith lo aclaró: “La transgresión de Adán no lo privó de su conocimiento anterior [del Edén] con el cual él había sido dotado en relación con la existencia y la gloria de su Creador... Ni tampoco Dios dejó de manifestarle Su voluntad”<sup>10</sup>. El presidente John Taylor preguntó: “¿De dónde obtuvo Adán información sobre las cosas de Dios?” Luego contestó: “La obtuvo por medio del Evangelio de Jesucristo...Dios *fue a verlo al jardín y habló con él... y él fue el primer hombre sobre la tierra que tuvo el Evangelio y el santo sacerdocio*; y si no lo hubiera tenido, no habría sabido nada acerca de Dios ni de sus revelaciones”<sup>11</sup>.

Los Santos de los Últimos Días son los únicos en este mundo religioso que certifican que el Evangelio de Jesucristo es eterno, que los profetas cristianos han enseñado doctrina cristiana y administrado ordenanzas cristianas desde el amanecer de los tiempos<sup>12</sup>. Adán fue el primer cristiano sobre la tierra. El ejerció la fe en la redención de Cristo, se bautizó en el agua, recibió el don del Espíritu Santo y recibió el sacerdocio (véase Moisés 6:64-67). Además, Adán y Eva entraron en el nuevo y sempiterno convenio del matrimonio y de esa manera entraron en el sendero que lleva a la vida eterna<sup>13</sup>. El presidente Wilford Woodruff explicó: “El padre Adán fue llamado por Dios y ordenado a la plenitud del Sacerdocio de Melquisedec: fue ordenado al oficio y al don más altos que Dios ha dado al hombre sobre la tierra”<sup>14</sup>.

Adán y Eva, a medida que recibían el Evangelio de boca de Dios y de los ángeles, lo enseñaron a su posteridad. Algunos de sus descendientes rechazaron la luz del cielo y “amaron a Satanás más que a Dios” (Moisés 5:13, 18, 28). Nuestros primeros padres se lamentaron por causa de las elecciones que habían hecho sus seres queridos (véase Moisés 5:27), pero su lamentación no era la de quienes no tienen esperanza; ellos “no cesaron de invocar a Dios” (Moisés 5:16).

Tres años antes de su muerte, Adán reunió a los justos de su posteridad en el valle de Adán-on-di-Ahmán (el lugar donde se instalaron él y Eva después de que fueron expulsados del Edén<sup>15</sup>). Siete generaciones de fieles patriarcas y sus familias se reunieron para recibir consejo profético. Allí, Adán les confirió su última bendición. El profeta José Smith describe una visión que tuvo de esa sagrada ocasión de la siguiente manera: “Vi a Adán en el valle de Adán-on-di-Ahmán. Llamó a sus hijos y los bendijo con una bendición patriarcal. El Señor apareció en medio de ellos, y él (Adán) los bendijo a todos y predijo lo que les acontecería hasta la última generación. Esa fue la razón porque Adán bendijo a su posteridad; quería llevarlos a la presencia de Dios”<sup>16</sup>.

Adán fue el líder y el Profeta del Señor sobre la tierra de su época; es también el sumo sacerdote presidente de la tierra, el hombre quien, bajo Cristo, posee las llaves de autoridad de las bendiciones de la especie humana y de la perpetuación de los justos sobre la tierra. “Las llaves tienen que ser traídas de los cielos cuando se envía el evangelio; y cuando se revela de los cielos, se hace mediante la autoridad de Adán”<sup>17</sup> bajo la dirección de Jesucristo (véase D. y C. 78:16). El profeta José Smith dijo que Adán fue “el primero en poseer las bendiciones espirituales. A él se reveló el plan de las ordenanzas para la salvación de su posteridad hasta el fin; Cristo fue revelado a él primeramente, y por medio de él Cristo ha sido revelado desde los cielos y seguirá revelándose desde ahora en adelante. Adán tiene las llaves de la dispensación del cumplimiento de los tiempos, es decir, mediante él se ha revelado y se revelará la dispensación de todos los tiempos, desde el principio hasta Cristo, y desde Cristo hasta el fin de las dispensaciones que han de ser reveladas”<sup>18</sup>.

## DESPUÉS DE LA MUERTE

Adán, a quien se le llama el anciano de días, vivió unos novecientos treinta años sobre esta tierra (véase Moisés 6:12). Con su muerte se cumplió el decreto divino de que el día en que él comiese del fruto prohibido —en este caso, *día* significa un lapso de tiempo según la medida de tiempo del Señor— “de cierto morir[ía]” (Moisés 3:17; Abraham 5:13). A su muerte, Adán entró en esa parte del mundo que hay después de esta vida terrenal que se conoce como paraíso (véase 2 Nefi 9:13; Alma 40:12; Moroni 10:34). Allí, él ministró y trabajó entre sus descendientes fieles por unos tres mil años. El profeta José Smith explicó que Adán “tiene señorío sobre los espíritus de todos los hombres”<sup>19</sup> y por eso su ministerio y sus responsabilidades administrativas continuarían más allá de las puertas de la muerte.

Al igual que, en cierto sentido, la guerra de los cielos continúa todavía en nuestra época, también Adán, desde su muerte terrenal, ha continuado en sus esfuerzos por frustrar los planes de Satanás y oponerse a él<sup>20</sup>. En nuestros días, Miguel, en las riberas del río Susquehanna, discernió “al diablo cuando se apareció como ángel de luz” (D. y C. 128:20). Nos preguntamos en cuántas otras ocasiones más en la historia de la tierra Miguel habrá entrado en acción para reprender a Lucifer y limitar su poderío.

Existe quizás otra ocasión en la cual Miguel, como espíritu, pudo haber tenido una función preponderante en el plan de nuestro Padre. Lucas dice que en la noche de la Expiación, después de la Última Cena, Jesús, agobiado en medio de su terrible soledad y su profundo dolor en el Jardín de Getsemaní por el peso de los pecados del mundo, pronunció de lo más hondo de su acongojada alma: “Padre, si quieres, pasa de mí esta copa; pero no se haga mi voluntad, sino la tuya.

“Y se le apareció un ángel del cielo para fortalecerle” (Lucas 22:42-43).

Se envió a un ángel desde las cortes de gloria para fortalecer al sin pecado Hijo del Hombre y apoyarlo en lo más profundo de su intenso padecimiento. “No se da el nombre del ángel ministrante”, escribió el élder Bruce R. McConkie, “pero si nos diéramos el lujo de la especulación, nos atreveríamos a indicar que el ángel que llegó a ese segundo Edén fue la misma persona que moró en el primer Edén. Parece razonable que Adán, *que es Miguel, el arcángel —el cabeza de toda la jerarquía celestial de ángeles ministrantes— haya sido el que brindara ayuda y consuelo a su Señor en una ocasión tan solemne.* Adán cayó y Cristo redimió a los hombres de la

Caída; lo de ellos fue una empresa que llevaron a cabo en conjunto, donde ambas partes fueron esenciales para la salvación de los hijos del Padre”<sup>21</sup>.

El presidente Joseph F. Smith, que tuvo el privilegio de ver en una visión al mundo de los espíritus en el momento en que Jesús entraba en él, escribió: “Entre los grandes y poderosos que se hallaban reunidos en esta numerosa congregación de los justos, estaban nuestro padre Adán, el Anciano de Días y padre de todos, “y nuestra gloriosa madre Eva, con muchas de sus fieles hijas que habían vivido en el curso de las edades y adorado al Dios verdadero y viviente” (D. y C. 138:38-39). Adán y Eva se encontraban en el grupo que “esperaba y conversaba, regocijándose en la hora de su liberación de las cadenas de la muerte”. Cuando el Señor apareció, enseñó a los justos y organizó sus fuerzas de entre ellos para que llevaran el mensaje de salvación a “los impíos y los impenitentes”. Al ministrar a los suyos, el Maestro también “les dio poder para levantarse, después que él resucitara de los muertos, y entrar en el reino de su Padre, y ser coronados allí con inmortalidad y vida eterna” (D. y C. 138:18, 20, 51).

No sabemos cuándo salió Adán en la primera resurrección y entró en la gloria celestial; ya sea que haya sido, como muchos de los antiguos Profetas, cuando Cristo se levantó de la tumba (véase D. y C. 133:54-55) o que haya permanecido en el mundo de los espíritus por un tiempo para supervisar o participar en la obra de la redención de los muertos; el que Adán finalmente se levantó en gloria para sentarse junto a sus descendientes Abraham, Isaac y Jacob, y que morará para siempre en la gloria celestial es un hecho que está muy claro en las revelaciones de los últimos días (véase D. y C. 132:37; 137:5). Después de la resurrección de Adán, “su base de operaciones será en cualquier lugar a donde esos justos seres resucitados vayan para esperar el momento en que la tierra sea celestializada y se convierta en su morada eterna. Debemos nuevamente recordar que las llaves del sacerdocio de Adán permanecen con él: desde el mundo preterrenal, a través de su ministerio mortal, en el mundo de los espíritus después de la muerte y en la resurrección”<sup>22</sup>.

## EN EL FUTURO

En lo que sería, sin la revelación moderna, un pasaje bastante misterioso del libro de Daniel, se hace referencia a un recogimiento poco común de gente. “Miraba yo en la visión de la noche,” escribió Daniel, “y he aquí con las nubes del cielo venía uno como un hijo de hombre, que vino hasta el Anciano de días, y le hicieron acercarse delante de él.

“Y le fue dado dominio, gloria y reino, para que todos los pueblos, naciones y lenguas le sirvieran; su dominio es dominio eterno, que nunca pasará, y su reino uno que no será destruido” (7:13-14).

La revelación de los postreros días nos dice que el lugar de ese recogimiento es el Condado de Daviess, en el estado de Misuri, en la zona que conocemos como Adán-ondi-Ahmán (véase D. y C. 116), el mismo lugar donde Adán, tres años antes de su muerte, se reunió con su numerosa posteridad y les profetizó. De esa reunión, que precederá a la venida del Salvador en Su gloria, el profeta José Smith dijo: “Daniel, en el séptimo capítulo de sus profecías, habla del Anciano de Días o Anciano de grande edad; se refiere al hombre más antiguo, nuestro padre Adán o Miguel. Éste llamará a sus hijos y celebrará un concilio con ellos a fin de prepararlos para la venida del Hijo del Hombre. El (Adán) es el padre de la familia humana y tiene señorío sobre los espíritus de todos los hombres; y todos los que han tenido las llaves deben comparecer

ante él en este gran concilio... El Hijo del Hombre se presentará ante él, y recibirá gloria y dominio. Adán entregará su mayordomía a Cristo; aquello que le fue entregado en cuanto a las llaves del universo, pero retendrá su posición a la cabeza de la familia humana”<sup>23</sup>.

El élder Joseph Fielding Smith ofreció la siguiente explicación: “En esa conferencia o consejo, todos los que hayan tenido llaves de dispensaciones rendirán un informe de su mayordomía. Adán también lo hará y luego le entregará a Cristo toda la autoridad. Acto seguido, a Adán se le confirmará en su llamamiento como príncipe sobre su posteridad y oficialmente se le colocará y se le coronará eternamente en su llamamiento presidente. Posteriormente, Cristo será recibido como Rey de reyes y Señor de señores. No sabemos cuánto tiempo estará en sesión esta reunión ni cuántas sesiones se llevarán a cabo durante ese gran concilio. Será suficiente con saber que es un recogimiento del Sacerdocio de Dios desde el comienzo de la tierra hasta el presente, en el cual se darán informes y todos aquellos a quienes se hayan dado dispensaciones (talentos) enunciarán sus llaves y sus llamamientos y darán un informe de sus mayordomías de acuerdo con la parábola (véase Mateo 25:14-30). Será un día de juicio para ellos porque ése será un recogimiento de los justos, de quienes hayan poseído y de quienes posean llaves de autoridad en el Reino de Dios sobre esta tierra... Ese [recogimiento] precederá al gran día de destrucción de los inicuos y será la preparación para el Reino Milenario”<sup>24</sup>.

Cuando el Señor Jesús regrese en triunfante gloria para comenzar el “fin del mundo, o sea, la destrucción de los inicuos” (José Smith-Mateo 1:4), se reanudará la primera resurrección, la cual comenzó con la resurrección de Cristo. Nuevamente aquí, Miguel-Adán tendrá una función preponderante. “...antes que pase la tierra, Miguel, mi arcángel, tocará su trompeta, y entonces todos los muertos despertarán, porque se abrirán sus Sepulcros y saldrán” (D. y D. 29:26).

Al analizar la naturaleza de las llaves restauradas a la tierra por diversos ángeles, el élder Bruce R. McConkie advirtió que “el santo sacerdocio se utilizará en la eternidad al igual que en la vida terrenal. No es solamente el poder y la autoridad para la salvación del hombre aquí y ahora; es también el poder por medio del cual los mundos fueron hechos y por medio del cual todas las cosas existen. Es muy posible que a *Adán, que trajo la mortalidad y la muerte al mundo, se le haya permitido también restaurar el poder que trae la inmortalidad y la vida a sus descendientes*. Cristo, claro está, en el máximo sentido posee las llaves de la resurrección y del levantamiento de las almas a la inmortalidad, pero, como también sabemos, El tiene por costumbre actuar por medio de Sus siervos y, en su debido tiempo, las personas justas podrán participar y llamar a sus seres queridos en la resurrección”<sup>25</sup>

Al fin de la tierra —o sea, al final del Milenio (véase D. y C. 88:101; José Smith-Mateo 1:55)— la gran batalla final entre el bien y el mal, conocida como “la batalla del gran Dios” (D. y C. 88:114) o la batalla de Gog y Magog<sup>26</sup> se llevará a cabo; y nuevamente, el extraordinario Miguel, el capitán eterno del ejército de Jehová, se verá frente a frente con su adversario, Satanás. “...el diablo y sus ejércitos serán arrojados a su propio lugar, para que nunca más tengan poder sobre los santos.

“Porque Miguel peleará sus batallas, y vencerá al que ambiciona el trono de aquel que sobre él se sienta, sí, el Cordero.

“Esta es la gloria de Dios y los santificados; y nunca más verán la muerte” (D. y C. 88:114-116). La victoria final de Miguel es en preparación para la celestialización de la tierra.

El lugar y la función de Adán en el plan de salvación se ha malentendido demasiadas veces. Muchas personas en el mundo religioso lo desprecian por sus hechos en el Edén. La alabanza que recibe de algunas otras tiene la extraña forma de una veneración e incluso de una adoración. Sin embargo, el tener un concepto erróneo de Adán es no comprender nuestra propia identidad así como tampoco nuestra relación con el Señor y Su plan.

Un conocimiento del origen y del destino del hombre —tal como se representa en la vida y en los hechos de nuestro padre Adán— es uno de los legados más grandiosos de los Santos de los Últimos Días.

## NOTAS

1. Bruce R. McConkie, *Doctrina Mormona*, 1993, pág. 18.
2. *Enseñanzas del Profeta José Smith*, pág. 443.
3. “Eve and the Fall”, Spencer W. Kimball y otros, en *Woman*, 1979, pág. 59.
4. *Enseñanzas del Profeta José Smith*, págs. 182.
5. Véase también Joseph Fielding Smith, *Doctrinas de Salvación*, tomo 1, págs. 71-74.
6. José Smith, *Lectures on Faith*, 1985, pág. 12.
7. *Enseñanzas del Profeta José Smith*, pág. 7.
8. En Conference Report, octubre de 1967, pág. 121.
9. Orson F. Whitney en *Cowley and Whitney on Doctrine*, compilado por Forace Oreen, 1963, pág. 287.
10. *Lectures on Faith*, pág. 14.
11. *The Gospel Kingdom*, selección de O. Homer Durham, 1987, pág. 91; cursiva agregada.
12. Véase *Enseñanzas del Profeta José Smith*, págs. 65-66, 199, 322-323.
13. Véase *History of the Church*, tomo II, pág. 320; *Doctrina Mormona*, pág. 454.
14. *Discourses of Wilford Woodruff* selección de O. Homer Durham, 1946, pág. 64; véase también *Doctrinas de Salvación*, tomo III, págs. 77-79.
15. Véase John Taylor, *The Mediation and Atonement*, 1882, pág. 69; Matthias E Cowley, *Wilford Woodruff*, 1964, págs. 481, 545-546.
16. *Enseñanzas del Profeta José Smith*, pág. 184; véase también D. y C. 107:53-57.
17. *Enseñanzas del Profeta José Smith*, pág. 183.
18. *Enseñanzas del Profeta José Smith*, pág. 199.
19. *Enseñanzas del Profeta José Smith*, pág. 183.
20. Véase Bruce R. McConkie, *Doctrinal New Testament Commentary*, tres tomos, 1966-1973, tomo III, pág. 423.
21. *The Mortal Messiah: From Bethlehem to Calvary*, cuatro tomos, 1979-1981, tomo IV, pág. 125; cursiva agregada; véase también “El poder purificador de Getsemaní”, *Liahona*, julio de 1985, pág. 10.
22. Larry E. Dahi, “Adam’s Role from the Fall to the End— and Beyond”, en *The Man Adam*, editado por Joseph Fielding McConkie y Robert L. Millet, 1990, pág. 121.
23. *Enseñanzas del Profeta José Smith*, pág. 183.
24. *The Progress of Man*, 1964, págs. 481-482; véase también Bruce R. McConkie, *The Millennial Messiah: The Second Coming of the Son of Man*, 1982, págs. 578-588.
25. *The Millennial Messiah*, págs. 119-120; cursiva agregada.
26. *Enseñanzas del Profeta José Smith*, pág. 344.